

CAPÍTULO PRIMERO

¿Dónde comienza la historia alemana? — La génesis del estado alemán — Reich y pueblos originarios — Rey y duques — Reich e Iglesia — Los medios de poder de la Corona: ejército del Reich, patrimonio regio y patrimonio eclesiástico.

¿Desde cuándo existe una historia alemana? La respuesta cabal es: desde que existen alemanes y un pueblo alemán. Mas ¿desde cuándo existen éstos? Parece que son los menos los que se formulan tal pregunta. En las exposiciones corrientes se encuentra precisamente, en este punto, un grave error. Dan comienzo a la historia de Alemania con las llamadas migraciones de pueblos. Hablan más o menos prolijamente de godos, vándalos, borgoñones, etc., sin interrogarse sobre su relación con la historia alemana. Hasta en la ciencia la fuerza de la costumbre puede a veces llegar a ser tan grande que no se nota en lo más mínimo la alteración de conceptos que aquí se presenta, pues identifican alemanes y germanos. ¿Con qué derecho? A los germanos pertenecen incuestionablemente también los pueblos escandinavos, y sin embargo a nadie se le ocurrió todavía incorporar su historia a la alemana. Pero a los germanos pertenecen también, quieran o no —y en los últimos tiempos no lo quieren de ningún modo, aunque de nada les sirva— los ingleses. Sinceramente hay que decir aun más: los ingleses son los más fuertes representantes del germanismo y los más

influyentes en la historia. Sin embargo, nadie ha tenido hasta hoy la idea de presentar la historia inglesa, ni siquiera la de los anglosajones, como parte integrante de la historia alemana. Y es ésta una incongruencia manifiesta: si los godos y longobardos pertenecen a ella, ¿por qué no les corresponde también a los daneses y anglosajones?

En verdad tanto los unos como los otros poco tienen que ver con ella. Germanos y alemanes no son, pues, lo mismo. Todos los alemanes son germanos, pero no todos los germanos son alemanes. En la totalidad de los pueblos germánicos los alemanes constituyen un grupo especial, y —lo que para nosotros tiene capital importancia— no forman en verdad un grupo originariamente coherente. No se hallaron unidos desde el principio, en modo alguno; sólo con el andar de los tiempos se vincularon y crecieron juntos hasta formar la unidad. En una palabra: *el pueblo alemán no es una unidad natural, sino una unidad históricamente lograda.*

Se han hecho no pocas tentativas para determinar el grado de parentesco entre los distintos pueblos germánicos, con la ilusión de poder demostrar, al referirse a algunos de ellos, que estaban más cerca unos de otros; y sobre todo se ha tratado de probar que en primer término los pueblos originarios, de cuya fusión nació el pueblo alemán, han formado un grupo homogéneo por naturaleza, una familia aparte. Esos esfuerzos pueden considerarse como fracasados. Si entre los pueblos originarios germánicos hubo grados de parentesco, cercanos o lejanos, no puede sin embargo afirmarse en modo alguno una homogeneidad natural de los pueblos alemanes posteriores, tal como ellos aparecen en la historia (dejamos aparte la prehistoria). Una sencillísima observación puede probarse a cualquiera. Todo aquel que tuvo ocasión

de compararlos sabe que los naturales de Hannover, Hamburgo o Bremen están muy cerca de los ingleses y son extraordinariamente parecidos o casi iguales a ellos, cosa que es admitida hasta por los mismos ingleses. Dudo que se pueda descubrir igual grado de parentesco natural entre un ciudadano de Hamburgo y uno de la Alta Suabia, o entre uno de Oldenburgo y otro de la Alta Baviera, si se los observa y se los oye hablar en su dialecto característico.

Podemos, pues, establecer lo siguiente: los pueblos originarios alemanes no se han unido hasta formar el pueblo alemán porque fueron homogéneos por naturaleza, sino porque fueron llevados a la unidad por el destino, es decir, por la historia.

Se sabe cuáles fueron estos pueblos originarios, pues existen todavía, y se los puede reconocer claramente: francos, suabos, bávaros, turingios, sajones y frisones. Sus destinos y sus actos comunes constituyen la historia alemana. Por consiguiente, una historia alemana puede existir solamente desde el momento en que los seis pueblos originarios se unen en un solo conjunto.

Esto aconteció relativamente tarde y no de una sola vez. Su unión es la obra de uno de los seis pueblos originarios: la del franco. Los reyes francos sometieron a su dominio, uno tras otro, a los demás pueblos originarios. Clodoveo y sus hijos, en la primera mitad del siglo VI, avasallaron a los suabos —a los cuales entonces aún se les llamaba alemanes—, a los turingios y a los bávaros. Así quedaron las cosas. En el siglo VII llegó a iniciarse un movimiento de retroceso; los avasallados se independizaron. Sólo en el siglo VIII la nueva familia reinante de los francos logró terminar la obra interrumpida. Carlos Martel venció a los turingios y frisones; sus hijos, a los

suabos; Carlomagno, a los bávaros (en el año 788), y, por fin, después de treinta años de lucha, también a los sajones. El ciclo se cierra en el año 804.

Sin embargo, aun no se puede hablar, por esa razón, de una historia alemana en el siglo IX. Si bien los pueblos originarios alemanes se hallan unidos por un mismo nexo de estado o de Reich y comparten sus destinos, no constituyen todavía una parcialidad común; son solamente una parte del imperio mundial de los francos, que comprende también, a más de ellos, a borgoñones, godos, longobardos y especialmente a muchísimos romanos. Una historia alemana será posible únicamente cuando los pueblos originarios alemanes, vinculados entre sí, se separen del conjunto del imperio franco y formen una unidad aparte.

Y también esto no ocurrió más que poco a poco. Los repetidos repartos que los reyes francos realizaron mutuamente desde el año 840, llevaron con el tiempo a una separación de las partes entre sí, que originó que primero una, luego otra y después una tercera se segregaran del conjunto y tomaran su propio camino. La expresión práctica de este hecho está en que, con ocasión de un cambio de gobierno, se proclaman independientes de la casa reinante por herencia de los Carolingios y eligen como soberano a un magnate indígena. Los últimos de todos, los pueblos originarios alemanes también dieron ese paso en el año 911, cuando, después de la muerte de Luis IV, el Niño, ya no juraron homenaje a un Carolingio franco-occidental —nosotros diríamos: francés—, sino que eligieron rey al duque Conrado. Con ello se cortó definitivamente el vínculo, ya relajado desde mucho antes, que había ligado a los pueblos originarios alemanes con el imperio común: Alemania llegaba a constituir un estado por sí mismo, un Reich. Conrado I es considerado por ello

el primer rey alemán y en el año 911 se puede fijar —si se exigen números exactos, aunque éstos en verdad tienen siempre importancia secundaria— la primera época de la historia alemana: *el nacimiento del estado alemán*.

Los contemporáneos de dichos sucesos no tuvieron una clara comprensión de este hecho. Por mucho tiempo se aferraron a la idea de que el Reich alemán era un Reich de los francos. Siguieron hablando oficialmente de un "*regnum Francorum*", un Reich de los francos, durante casi todo un siglo más, y cultivaron este concepto en la teoría del derecho público todavía hasta los siglos XII y XIII. No tenían tampoco nombre propio para el nuevo Reich independiente. Ciertamente es que en el curso del siglo IX se comenzó a hablar de un "*regnum theutonicum*", al referirse a la mitad oriental de todo el Reich. Pero no llegó nunca a ser un título oficial, puesto que la palabra "*theutonicum*" —definición culterana que deforma la palabra "*theotiscum*", del antiguo alemán "*thiutisk*" (*deutsch*, *deutsch*)— no significa otra cosa que "popular", es decir, no-romano: la parte del imperio que no hablaba latín, sino la lengua del pueblo. Tardó mucho en poder formarse el nombre de "Reich alemán", *Deutsches Reich*, comúnmente conocido, y no se logró la consagración oficial y legal de ese nombre antes del año 1870, cosa que no resulta familiar a todo el mundo. El antiguo Reich, que se formó en 911 y se disolvió en 1806, no llevó nunca ese título; muy tarde, como es sabido, tomó el de "Imperio Romano".

Al nacer, y después, durante cerca de dos siglos, el reciente Reich de los alemanes fué un estado sin denominación, hecho que invita a la reflexión. Los contemporáneos, o sean los hombres de los años que van desde 911 hasta casi 1110, no poseían una palabra para designar con un nombre común el nuevo estado de los seis pueblos ori-

ginarios. Volveremos en seguida sobre este punto; antes debemos desechar un error que podría introducirse furtivamente.

Se puede suponer muy fácilmente que fué el contraste de lenguas y costumbres populares el que causó la dispersión del imperio mundial de los francos, racialmente tan mezclado. Por un lado los alemanes, por otro los romanos y los franceses, no habrían querido vivir por más tiempo en la misma casa. Uno se inclina a explicar así los hechos, siguiendo las concepciones actuales. La comunidad del carácter alemán en los seis pueblos originarios, se habría manifestado por lo menos en forma negativa, o sea, en el rechazo de cuanto les fuera extraño a todos, y tal cosa se podría suponer como un sentimiento racial o nacional totalmente primitivo e inconsciente aún, causa operante en la primera aparición del Reich alemán.

Sin embargo, no es así. Oposiciones de raza o de "nacionalidad" —si queremos emplear esta palabra moderna— no han influído en el desmoronamiento del imperio de los francos, lo que es fácil demostrar, y surge de una serie de observaciones sobre las cuales no es necesario detenernos ahora. Basta llamar la atención sobre el hecho, de por sí decisivo, de que el trazado de los límites entre los territorios imperiales franco-orientales y franco-occidentales, alemanes y franceses, no tiene en cuenta para nada el idioma, la índole popular ni la nacionalidad de la población. El límite, que se mantuvo, fué trazado en el año 843, para dividir las zonas de gobierno de los hijos de Ludovico Pío: corría más o menos casi paralelo a los ríos Escalda y Mosa y a las Argonas, pasando a lo largo del río Saona; convirtió en alemán al pueblo de habla romana en Lorena y Borgoña y dejó a los flamencos, de habla franca, en el

imperio francés. Más significativo aún es el hecho de que en el año 911, al producirse la separación de los alemanes de los Carolingios, la población francesa de la orilla izquierda del Rin, la de la llamada Lotharingia (Lorena), no procedió de la misma manera. Se trataba en gran parte de francos —Tréveris, Colonia y Aquisgrán fueron, como es sabido, asientos principales de los francos desde mucho tiempo atrás— y estos francos de la izquierda renana, que por lo menos podían contarse como alemanes a la par de suabos y bávaros, no sintieron absolutamente ninguna aversión por su unión con los franceses bajo un mismo soberano. Permanecieron fieles a la casa real hereditaria y se asociaron al Reich alemán sólo más tarde (en 925), cuando también en Francia cayeron y fueron expulsados los Carolingios.

Vemos como, al separarse las partes del imperio franco, el contraste de las nacionalidades no pudo tener en absoluto influencia alguna, en cuanto se refiere a Alemania. Móviles personales, de carácter dinástico; enemistad entre las familias dirigentes; distintos intereses locales de la aristocracia gobernante; la costumbre cada vez más arraigada, después de tantas y duraderas "particiones", de preocuparse con preferencia de los asuntos propios y cada vez menos de los de la colectividad, o por otra parte, la adhesión a la corona y la fidelidad por antigua tradición, he ahí los móviles reales que actuaron en la separación definitiva del oriente y el occidente y que condujeron a la constitución de un Reich alemán.

Así, pues, deberíamos comprobar el hecho paradójal en sumo grado —que no puede parecer extraño en modo alguno a quien sabe ver "históricamente" y no traslada modernas presunciones al pasado— de que el Reich alemán haya sido originado esencialmente por influencias

exteriores, es decir, casi por acontecimientos fortuitos, o sea, por las conquistas y las divisiones del imperio de los francos. Lo que indujo a los pueblos originarios alemanes a la unión, no fué una necesidad interna ni un anhelo propio, sino la coacción externa de sometimiento. Igualmente no tuvieron necesidad alguna de desligarse de su unión con los itálicos. Nuevamente fueron las influencias exteriores —el derecho hereditario de la casa reinante que exigía la división; la debilidad de sus representantes— las que llevaron al relajamiento del nexo federativo y finalmente a la separación total.

Tampoco existió la necesidad de una firme cohesión. Por lo contrario, si dejamos hablar a los hechos, debemos reconocer que el Reich alemán, apenas nacido, estuvo por disolverse en sus propios componentes, o sea, en sus pueblos originarios.

Debemos representarnos estos pueblos originarios como muy distintos por lengua, costumbres y carácter. Hoy todavía existen diferencias; originariamente éstas fueron mucho mayores, con excepción tal vez de la lengua, porque los dialectos con el andar del tiempo se fueron alejando cada vez más unos de otros. Los pueblos originarios de la edad antigua tuvieron en las costumbres y en el carácter su particularidad plenamente consciente y reconocida: cada uno tenía su propio derecho, que en parte se apartaba notablemente del derecho de los demás. Donde la ocasión se ofrece, se tiene en cuenta su diferente manera de ser: en el ejército del rey los sajones combaten en grupos separados, de igual modo los francos y así los demás. No se ha tenido recelo en designarlos directamente como reinos, "*regna*".

Estos "reinos de pueblos originarios" aumentaron enormemente su autonomía y su importancia durante los

gobiernos de los últimos Carolingios. A su cabeza, favorecidos por varias circunstancias externas, se colocaron diversos hombres poderosos de la región, varones respetados y fuertes, que asumieron el título de duques, título cuyo concepto no es otra cosa que el de un verdadero poder virreinal. Frente al rey de veras se encuentran como reyes sin corona los duques de Baviera, Suabia, Sajonia —el de Sajonia sometió también a Turingia—. Aspiran a una completa autoridad de gobierno en los dominios de su pueblo, realizan su propia política exterior, y el más orgulloso de ellos, el bávaro, ostenta su título nada menos que "por gracia de Dios", lo que no encierra en sí otra cosa que la pretensión a la soberanía.

Debía evidenciarse ante todo quién sería a la larga el más fuerte, si el duque o el rey. Conrado I no logró prevalecer. Todos sus esfuerzos fracasaron, aunque contó con el apoyo de los eclesiásticos. Unidos rey y obispos, no fueron lo bastante fuertes para acabar con la independencia de los duques de los pueblos originarios.

A la muerte de Conrado (en 918) pareció que el Reich estuviera ya por disolverse. Su sucesor, Enrique I, hasta ese momento duque de Sajonia, fué exaltado únicamente por sajones y francos. Sólo poco a poco alcanzó también el reconocimiento de Suabia y de Baviera, aunque, en realidad, fué porque capituló ante sus adversarios. Enrique I dejó intacto el poder ducal en toda su extensión y renunció, por lo tanto, al ejercicio inmediato de la soberanía regia y se conformó con tener supremacía en asuntos seculares y eclesiásticos. En realidad no era rey más que en la Alemania septentrional, siendo, en cambio, para la meridional, sólo un rey, por decirlo así, honorario. Únicamente los grandes triunfos logrados contra los enemigos exteriores le dieron con el tiempo un poder más

grande, debido al aumento de prestigio, y su hijo, Otón I, que le sucedió en el año 936, heredó el reconocimiento de su soberanía en todo el Reich, como un hecho consumado del que nadie dudó.

Empero el poder de los duques de los pueblos originarios se mantenía igualmente fuerte. Otón I no pudo ni siquiera pensar en combatirlos, aun cuando se levantaron contra él en abierta rebelión. Se limitó a utilizarlos, llevándolos a vincularse muy estrechamente con la casa reinante. Con hábil política matrimonial supo conseguir para su hermano la dignidad ducal en Baviera, para su hijo en Suabia y para su yerno en Lorena. Es bien sabido que tampoco este recurso fué suficiente, pues tanto el hijo como el yerno se rebelaron también en 953-54 contra Otón, y poco faltó para que lo eliminaran por completo. Pero ni aun después de estas experiencias intentó el rey reprimir el peligroso virreinato de los pueblos originarios. No pueden justificarse los reproches que se le suelen hacer por eso. Es preferible pensar que si un rey alemán, aun después de vencido un duque rebelde, aleja solamente al culpable que ocupa el puesto, pero deja subsistir el mismo cargo, debió obedecer a una necesidad ineludible. Seguramente ha sido imposible reinar en la Alemania de entonces sin los duques de los pueblos originarios; de otra manera Otón I hubiera prescindido de ellos de buen grado.

De todo esto resulta una observación de gran trascendencia: la conciencia de una solidaridad de destinos, el concepto de estado, el espíritu del Reich, no existen o se encuentran apenas en formación. Los pueblos originarios son más antiguos que el pueblo alemán, y el ducado y el duque tienen más arraigo que el Reich y el rey. Aquéllos son lo primitivo; éstos, lo nuevo, que todavía está por



ENRIQUE Iº

Fundó el primer Reich de los alemanes.

Con su esposa en la miniatura que adorna un manuscrito del siglo XII.

(Dusseldorf, Archivo del Estado)